
Prefacio

Marx, más allá del marxismo

Alberto Riesco Sanz y Jorge García López

En el primer título publicado por esta colección¹ se presentaban un conjunto de materiales que abogaban por una reconsideración del trabajo alejada de esencias ontológicas y transhistóricas, reivindicando al mismo tiempo su reconceptualización en términos de relaciones sociales. El último de esos materiales, «Repensando a Marx (en un mundo postmarxista)», venía firmado por el profesor del Departamento de Historia y Estudios Judíos de la Universidad de Chicago, Moishe Postone y, en el mismo, se establecían los principales elementos de una relectura categorial de la obra madura de Karl Marx desde la que fundamentar, precisamente, dicha reconsideración del «trabajo».

Coincidiendo con la reciente edición en castellano de su obra fundamental, *Tiempo, trabajo y dominación social* (Marcial Pons-Politopías, 2006), el actual volumen presenta varios artículos de Postone que tienen el mérito de movilizar su relectura categorial de la obra de Marx en diálogo con importantes teóricos clásicos (Lukács, Pollock y Horkheimer) y con otros más recientes (Derrida, Bell y Mandel). La confrontación abierta entre hipótesis teórico-explicativas alternativas —hoy tristemente olvidada en un ámbito del pensamiento social crítico cada vez más apegado a la generación de consensos simbólicos avalados por pretendidas urgencias tácticas— sirve aquí de vehículo para el desarrollo y la movilización de la potencia heurística reivindicada por Postone en relación con la teoría crítica de Marx.

¹ García, J.; Lago, J.; Meseguer, P.; y Riesco, A. (Comp.) [2005] *Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis del trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, Bifurcaciones 1.

Esta introducción no pretende recorrer todos y cada uno de los puntos tocados por el autor a lo largo del libro, sino, simplemente, destacar algunos de los mayores —y más interesantes— interrogantes y aperturas surgidos como consecuencia de su revisión crítica del denominado *marxismo tradicional*.

En concreto: una reconceptualización del «trabajo» como mediación social general; la centralidad teórica concedida al modo de cambiar de éste y la radical historicidad que caracteriza a la trama categorial con la que Marx acomete, según Postone, ambas cuestiones.

10

Más tarde, al hilo de dichas propuestas, trataremos de realizar un breve balance de los repertorios y discursos al uso con los que, actualmente, estamos tratando de dar sentido a las transformaciones que se han venido sucediendo en los países industriales avanzados desde la década de 1970.

I

Detrás de la selección de diálogos críticos que componen este libro y a modo de hilo conductor, encontramos una reflexión teórica en torno a la existencia de una determinada dinámica de desarrollo histórico *específica del capitalismo*: la constituida por el «capital».

Dicha propuesta, que constituye el objeto central del análisis, se despliega en torno a dos problemáticas: a) la crítica, desde una relectura de la obra de Marx, de algunos de los presupuestos que han venido alimentando las lecturas «marxistas tradicionales» de dicho autor; y b) la persistencia, no intencionada, en diferentes tentativas de reformulación de la teoría social crítica, de muchos de los límites asociados con dichos presupuestos del marxismo tradicional, lo que ha tenido como consecuencia una notable dificultad para responder adecuadamente, en términos explicativos, a las transformaciones sociales contemporáneas.

Esta segunda problemática se inscribe de lleno en la interpretación y el esclarecimiento del porqué y el cómo de la «crisis»: la que hemos venido significando los últimos veinticinco años con los términos de «globalización», «neoliberalismo», «flexibilidad», «postfordismo», «postindustrialismo», etc. El autor, nos coloca, al respecto, ante la necesidad de evaluarla dentro de una dinámica más amplia y general: la que nos ha llevado del «capitalismo liberal» de principios del siglo XX, a su aparente domesticación, en el segundo tercio del siglo, hasta una situación en donde todos los equilibrios, las certidumbres y estabildades ligadas al período de crecimiento de la postguerra, parecen haber saltado por los aires.

La cuestión a responder será entonces: ¿presentan entonces nuestras sociedades modernas una trayectoria específica de la cual cada uno de esos períodos constituiría una fase? De ser así, ¿cuál sería el motor de dicho movimiento?

En lo que se refiere a la primera de las problemáticas, la relativa a las insuficiencias de las respuestas del «marxismo tradicional» a estas preguntas, podríamos resumirla en la persistencia, dentro de la teoría social crítica, del siguiente planteamiento: 1) un «trabajo» transhistórico, mediando las relaciones entre el ser humano y la naturaleza y, en tanto que tal, supuesto como socialmente ontológico, es situado como el fundamento de 2) una teoría positiva de una forma natural —necesaria— de la producción (la relacionada con el desarrollo de las «fuerzas productivas») desde la que se opera una crítica negativa de un modo de distribución, el único supuesto como históricamente específico —contingente— (el relacionado con las «relaciones de producción»). Por tanto, el modo de producción capitalista, el «capitalismo», remite aquí esencialmente a 3) la vigencia o no de esas «relaciones de producción», las caracterizadas, según este planteamiento, por la propiedad privada de los medios productivos y el mercado como principio organizador del reparto y la distribución del producto social.

De la crítica del marxismo a la reconceptualización del capitalismo: trabajo, valor y capital como categorías históricamente específicas.

Frente a estos presupuestos transhistóricos, comunes al marxismo tradicional, Postone nos va a sugerir, apoyándose en su relectura de la obra del Marx maduro, que asumir la especificidad histórica de la trayectoria capitalista implica que la validez y la significación de las categorías teóricas que empleamos para pensarla se han de presentar, también, como históricamente circunscritas y determinadas. Lo que, ante los planteamientos habituales del «marxismo tradicional», podríamos traducir, por ejemplo, como: a) que la historia de la humanidad no es la historia de la lucha de clases; b) que el trabajo no es, simplemente, la actividad universal productora de bienes y servicios que media la relación de los seres humanos con la naturaleza, en todo tiempo y lugar; y, c) que la llamada *estructura económica* no es un principio *universal* de articulación de las sociedades. Es decir, que las clases sociales (como sujeto sociológico y político); el trabajo y su papel, como actividad productora de bienes y servicios, pero, también, como *relación social*, como *mediación social general*; la existencia misma de una lógica de desarrollo histórico

perceptible, son apuestas teóricas que, en Marx, harían referencia *únicamente* —y serían válidas para— las sociedades capitalistas, no pudiendo extrapolarse a otro tipo de sociedad.²

12

Por otra parte, frente a la definición tradicional del modo de dominación capitalista como mera apropiación desigual del producto social (la explotación entendida en un sentido estrechamente «económico»), Postone considera que esa dinámica histórica (la inscrita en la categoría de «capital» de Marx) implica la existencia de importantes constricciones estructurales que limitan, en un sentido mucho más amplio, la posibilidad de autodeterminación democrática. Nos estamos refiriendo, en particular, a las constricciones resultantes de la confrontación simultánea en el capitalismo de la transformación del tiempo «histórico» y de la reconstitución del tiempo «abstracto». De esta confrontación se deriva una presentización permanente del tiempo de la vida de las personas (el futuro como repetición continua del presente) y la consiguiente alienación del conjunto de las capacidades y potencias sociales acumuladas, bajo la forma de trabajo muerto, por dicha confrontación.

² Para Postone, existen dimensiones cualitativas y cuantitativas (incremento de contenido y nivel de cualificación de los asalariados, de desarrollo de la ciencia y de sus aplicaciones tecnológicas, de las formas adoptadas por la organización social de la producción, de las condiciones de maleabilidad y adaptación del medio natural a las necesidades humanas, etc.) que se expresan en un tiempo concreto —«histórico», señala Postone—, *como movimientos dentro de otro tiempo* que, por su parte, permanece inmutable: el tiempo abstracto del valor. El fluir histórico existe detrás de este último pero no aparece dentro del marco del tiempo abstracto, no se expresa en él. En la medida en que el capitalismo avanza hacia sus más altos niveles de desarrollo, la generación de riqueza material se apoya crecientemente en un proceso de objetivación de ese tiempo «histórico» (en la forma de «trabajo muerto») más que en el empleo y gasto de tiempo de trabajo humano inmediato. Sin embargo, este contenido temporal «histórico» permanece velado por la vigencia de la semiótica abstracta del valor que empuja a una *presentización permanente de dicho tiempo*. De aquí la caracterización por Postone de esa dinámica inmanente no lineal como «dialéctica de la transformación y reconstitución» de, respectivamente, el tiempo histórico (concreto) y abstracto (cf. POSTONE, 2006: 388-89). El capitalismo supone entonces una reconstitución de la forma de mediación social cuasi-objetiva basada en el trabajo que constituye el valor. Pero si, de este modo, mantiene su identidad subyacente, como tal «capitalismo», lo haría sometiendo a la sociedad a una constante transformación: de la naturaleza de la producción, la división social y técnica del trabajo, la estructura e interrelaciones de las clases y otros grupos sociales, de la naturaleza del transporte, la circulación, los modos de vida, la forma de la familia, etc. Este patrón dialéctico habría dado nacimiento, según Postone, a la posibilidad de que la producción basada en el tiempo «histórico» pueda constituirse separada de la producción basada en el tiempo «presente», en el tiempo de trabajo humano inmediato, en el valor, y de que esa interacción entre pasado y presente, *característica del capitalismo*, pudiera ser superada (cf. *ibidem*: 388-397).

Al mismo tiempo, cuando Postone habla de estructura hace referencia a «tipos consolidados e históricamente específicos de la práctica», remitiendo dichos tipos, históricamente específicos, de práctica social al análisis de la «forma valor» del trabajo moderno, conceptualizada por Marx.³ Nos encontramos, por lo tanto, ante un uso del término «estructura» muy alejado del que ha primado en muchos debates tradicionales: el establecido en torno a la definición de la naturaleza —o «estructural» o «actorial», «económica» o «social»—, de la realidad (sin importar en qué momento histórico y en qué sociedad). El trabajo, para Postone, es central en esta nueva perspectiva estructural no porque la «infraestructura económica» sea el aspecto más importante de la vida social o la esencia de la sociedad humana, sino porque el carácter abstracto y dinámico de los procesos sociales mediados por ese trabajo en el capitalismo constituyen las características fundamentales de tales procesos y, ambas características, podrían aprehenderse y clarificarse en función del papel, históricamente específico, jugado por el trabajo en esa sociedad. Estaríamos ante una especificidad que atraviesa tanto las prácticas de los sujetos, como la existencia de las propias constricciones estructurales (cristalizadas tanto en instituciones «económicas» como «sociales») que esas mismas prácticas instituyen, reproduciéndolas.

Nos encontramos, pues, ante una reivindicación de la necesidad de nuevos análisis estructurales del cambio y la transformación social, históricamente contextualizados y delimitados, basados en una teorización explícita, en claves relacionales, del contenido adscrito en ellos a las «reglas» que nos han permitido atar tanto elementos estructurales como actoriales. Reivindicación de una contextualización histórica que contrasta con muchas de las apuestas que hoy

³ Postone sostiene que el carácter abstracto del trabajo capitalista (el inscrito en la «forma valor» de un trabajo dual —simultáneamente concreto y abstracto) no encuentra su fundamento en ninguna propiedad de la actividad fabricadora humana (tal y como el marxismo ha resuelto frecuentemente) sino en el proceso permanente de comparación e igualación de sus resultados por medio del intercambio. Igualación permanente de los productos de trabajo —forma abstracta de la riqueza— e igualación permanente de las actividades de los individuos —forma abstracta de las actividades o «trabajo general abstracto»— por el intercambio de bienes y servicios y capacidades de trabajo, respectivamente, que suponen las dos caras del mismo proceso social. Ambas son el resultado de la generalización de los intercambios en términos de valores equivalentes (realícense éstos por vías tanto administrativas como mercantiles). Activado dicho proceso, cualquier clase particular de trabajo puede funcionar como trabajo abstracto y cualquier producto del trabajo como mercancía. El trabajo es trabajo general o abstracto en tanto que práctica social objetivadora constitutiva de una mediación social universal: este trabajo no se define por ningún tipo de contenido (físico, mental, energético, etc.) adscribible a la actividad misma, se trata de una forma de mediación estrictamente social que opera sobre el conjunto de las relaciones sociales (cf. *ibidem*: 183-256).

se defienden en nombre de una libertad humana convertida en principio ontológico apriorístico —cuando no, simplemente, moral—, poco útil en términos explicativos y/o de intervención política.⁴

14

En este sentido, Postone, en su diálogo crítico con Derrida (cf. capítulo 2), sostiene que la oposición establecida por este último entre el «presentismo» (al que relaciona con una «historia» compuesta por «presentes modelizados») y la «espectralidad» (ligada con la «acontecibilidad»), corre el riesgo de reforzar la falsa (y muy extendida) dicotomía entre necesidad (historia) y libertad (acontecimiento). Aceptar tal dicotomía presupone que el cambio real sólo encuentra un lugar en lo completamente inesperado e imprevisto, en la pura contingencia.

La teoría crítica del capitalismo, dirá Postone, no puede ser una que surja de manera externa al mismo (sobre la base de principios ontológicos y/o ahistóricos: la libertad humana, por ejemplo), sino que debe consistir en una teoría crítica immanente, situada en el presente pero capaz de contribuir a la construcción de un proyecto emancipador no condenado a la repetición perpetua de aquel. Esta capacidad de ir más allá de la reproducción del tiempo presente estaría directamente conectada con nuestra capacidad para fundamentar esa teoría crítica en un análisis relacional (y no esencialista) de la dinámica histórica capitalista.

La comprensión relacional e históricamente contextualizada que efectúa Postone de la dinámica de desarrollo capitalista implica, además, una ruptura con las lecturas deterministas y evolucionistas de la misma, muchas de ellas herederas de Hegel. Ruptura que nos permitiría recuperar —frente al marxismo tradicional— otro modo de abordar la relación entre *totalidad* y *subjetividad*.

En eso consiste la operación central efectuada al hilo de la discusión con Lukàcs (cf. capítulo 3). La teoría crítica de este último se apoya, según Postone, en el supuesto de la exterioridad transhistórica de un valor de uso y de una subjetividad inscritos en un «trabajo» socialmente ontológico. Esta exterioridad con respecto a un capitalismo definido en términos de «mercado» y «propiedad privada», es asumida como la precondition y la posibilidad de la reconstrucción histórica de una totalidad coyunturalmente bloqueada por esas «relaciones de producción» capitalistas.

⁴ En el ámbito explicativo, porque condenan todo análisis a una descripción costumbrista y/o a una proyección normativa en términos de *deber ser*. En términos políticos, porque hipotecan nuestras posibilidades de acción al mero voluntarismo, preferible a corto plazo, sin duda, al derrotismo inmovilista, pero que arroja las consecuencias probables de nuestras acciones al ámbito de lo ininteligible.

Marx, según Postone, no niega la existencia de esa totalidad pero hace de la misma el objeto de su crítica. La totalidad —sobre cuyas posibilidades históricas de abolición Marx trata de reflexionar— implica la no correspondencia entre sujeto sociohistórico y subjetividad. Marx sostiene que, frente a quienes han pensado las relaciones capitalistas como un obstáculo (externo) al pleno desarrollo del sujeto (identificado con el proletariado): a) el capitalismo conlleva efectivamente la constitución de un sujeto histórico: el capital como sustancia dotada de dinámica propia, valor que se valoriza a sí mismo, sustancia en proceso; sujeto que no se identifica ni con ningún grupo social particular (el proletariado, la burguesía), ni con la humanidad; y, b) tal sujeto histórico no constriñe, escinde o mutila ninguna subjetividad «exterior» y/o «natural», sino que *produce* subjetividades inéditas.

Esto supone, según nuestro autor, que las relaciones sociales básicas del capitalismo no deben ser definidas en términos de clase, sino en términos de formas de mediación social: una forma de dominación de las personas por el tiempo que sería diferente de la mera dominación de clase.⁵ El proletariado (y el «trabajo» por él efectuado) no es el sujeto histórico cuya realización y afirmación posibilitaría la abolición del capital. No constituye ningún punto externo al capital en el que anclar la crítica al capitalismo. Al contrario, la superación del capital requeriría de la abolición del trabajo (como mediación social general) y del proletariado.

Lo que Marx, según la lectura de Postone, está efectuando no es una crítica del capitalismo *desde el punto de vista del «trabajo»*; ni una crítica de la dimensión abstracta del valor *en nombre del valor de uso* (como si uno y otro fueran desgañables); no es una crítica de unas relaciones de producción basadas en la propiedad privada y el mercado (entendidos entonces como los principales obstáculos al libre desarrollo de las fuerzas productivas, al «trabajo» convertido en totalidad). Se trata más bien de *una crítica al trabajo en el capitalismo*, de una crítica a la totalidad identificada con el capital y constituida por el trabajo, siendo ambos —capital y trabajo— objetos de la crítica.

⁵ Tal y como señala Postone: «Las estructuras cuasi-objetivas comprendidas en las categorías de la crítica de la Economía política de Marx no velan las relaciones sociales “reales” del capitalismo, es decir, las relaciones de clase, al igual que no ocultan al sujeto histórico “real”, esto es, al proletariado. Por el contrario, dichas estructuras —que, además, no son estables, sino históricamente dinámicas— constituyen las relaciones básicas de la sociedad capitalista» (cf. capítulo 3).

De la reconceptualización del capitalismo a la crítica del «marxismo»: ¿un capitalismo sin capital?

16

En la primera parte de este epígrafe nos hemos centrado en la crítica efectuada por Postone a los presupuestos habituales del marxismo tradicional (exterioridad del sujeto y de la crítica con respecto al capitalismo, ontologización del «trabajo», explicaciones transhistóricas de los procesos sociales, interpretación economicista del capitalismo y de las categorías marxianas, etc.), señalando algunos de los callejones sin salida —teóricos y prácticos— a los que conduce la aceptación de tales presupuestos. Habiendo esbozado apenas algunos posibles caminos desde los cuales reformular nuestra comprensión del capitalismo, este nuevo apartado pretende ahora abordar, brevemente, la segunda de las problemáticas del libro que señalábamos al comienzo de la introducción: la de la crisis y los profundos cambios que viven nuestras sociedades, así como las dificultades de la teoría crítica para dar cuenta de dichas mutaciones.

En este sentido y con objeto de introducir algunos elementos desde los cuales repensar las transformaciones acaecidas tras la crisis de la década de 1970, Postone, por medio de los desarrollos de la Escuela de Frankfurt, dialoga críticamente con las conceptualizaciones del «capitalismo» subyacentes tras un tipo de periodización del desarrollo histórico que sigue resultando, hoy, un lugar común en buena parte de la teoría social crítica.

Se trata de ese tipo de periodización que caracteriza al capitalismo decimonónico y de principios de siglo XX («liberal») en torno a la anarquía del mercado y la vigencia de la propiedad privada de los medios de producción. Y que piensa el capitalismo de la segunda mitad del siglo XX («postliberal») —el que sirve hoy en muchos casos como «tipo-ideal» («fordismo», «keynesianismo», «estado del bienestar», «sociedades de la norma social de empleo», etc.) desde el que evaluar (negativamente) las transformaciones contemporáneas— como articulado en torno a una gestión estatal y/o burocrática del ámbito económico. El paso de un tipo a otro de capitalismo, habría conllevado, asimismo, un deslizamiento de las tensiones y conflictos sociales fundamentales de las esferas «económicas» y «productivas» hacia las «políticas» y/o «sociales».

No obstante, este desplazamiento hacia una formación social supuestamente capaz de gestionar (políticamente) la «esfera económica» por medio de la acción del Estado, no impidió a estos autores seguir denominando a estas sociedades —y conflictos— como capitalistas. ¿Cuál era entonces el contenido

de esos nuevos conflictos que posibilitaba, pese a las transformaciones registradas, seguir haciendo referencia a formaciones sociales de carácter capitalista? Postone va a dar cuenta de dos respuestas diferentes a dicha cuestión: la de Pollock y la del último Horkheimer (cf. capítulo 4).

Según el primero, Pollock, el carácter aún capitalista de esos conflictos remitía a su enraizamiento en antagonismos «de clase». Así pues, la esencia del capitalismo estribaría ahora, más allá de la propiedad privada y el mercado, en el «antagonismo de clase». El capitalismo «postliberal» habiendo abolido los rasgos anteriores conservaría el carácter antagonista, de ahí su caracterización como esencialmente «capitalista».

Para Horkheimer, sin embargo, la contradicción propiamente capitalista —entendida al modo del marxismo tradicional— entre las «fuerzas productivas» y las «relaciones de producción»⁶ habría sido definitivamente superada con el capitalismo «postliberal». Con ello se demostraría que: a) la dominación no residía en el «capital» —sinónimo aquí de un modo de producción mediado por una distribución organizada por el mercado y la propiedad privada—, sino en la «razón tecnocrática o instrumental» basada en el «trabajo» mismo —concebido éste como acción humana transhistórica relativa a la dominación de la naturaleza—; y, b) la emancipación ya no depende del carácter intrínsecamente contradictorio de la totalidad social, sino que se ubica más allá, o más acá, de ésta.

Desde el planteamiento avanzado por Postone, ambas respuestas plantean problemas. Por ejemplo, en el primer caso, ¿en qué consistiría para Pollock el carácter «de clase» de los conflictos y antagonismos contemporáneos si las «relaciones de producción» capitalistas (entendidas éstas al modo del marxismo tradicional) han sido superadas? En una apelación indeterminada a las relaciones de poder, de dominación o de desigualdad sociales, relaciones todas ellas entendidas de modo transhistórico. En otros términos, el supuesto de la pérdida de la autonomía y función de las leyes «económicas» con la emergencia de un modo consciente de distribución y de regulación social, desemboca

⁶ Es decir, que las relaciones de producción capitalistas, definidas por la propiedad privada de los medios de producción y la organización social en torno al mercado, serían el principal obstáculo al libre, y casi natural, desarrollo de las fuerzas productivas. O, dicho en otros términos, que la contradicción básica del capitalismo sería la que enfrenta a la producción industrial —entendida como un mero proceso de carácter técnico— *versus* el modo de distribución burgués (la propiedad privada y el mercado): salvado dicho modo burgués de distribución, siempre podríamos salvar la producción industrial y, con ella, el «trabajo» y a sus protagonistas, los proletarios.

en la conceptualización paradójica de un «capitalismo de Estado» que no se acompaña de una reelaboración de la categoría de «capital» que justifique dicha conceptualización. En cuanto al análisis de Horkheimer, ¿qué habríamos ganado con una teoría cuyo carácter crítico se deriva de su no pertenencia a este mundo, de su ubicación fuera del mismo, en un «deber ser» utópico que no resulta ya consustancial a ningún «es» contradictorio?

La utilidad de la reformulación que efectúa Postone del modo marxista tradicional de pensar el capitalismo queda también patente en su diálogo crítico con algunas de las tentativas contemporáneas de dar cuenta de la dinámica de cambio de las sociedades capitalistas avanzadas: nos referimos a la teoría postindustrial de Bell y la teoría del capitalismo tardío de Mandel (cf. capítulo 5). Se trata de dos planteamientos significativos por su carácter pionero a la hora de enfatizar que las sociedades capitalistas de la década de 1970 estaban viviendo una profunda transformación que obligaba a considerar la emergencia de una nueva fase o etapa de desarrollo, así como a definir las principales características de la misma. Para empezar: si se trataba, o no, de una superación propiamente dicha del capitalismo.

Pese a la existencia de diagnósticos y énfasis diferentes en un autor y otro, el interés de comparar, según Postone, ambos planteamientos deriva de que sus análisis, con sus aciertos y debilidades, apuntan a la necesidad de una teoría crítica del capitalismo alejada de los presupuestos del marxismo tradicional y capaz de dar cuenta de las novedosas transformaciones subrayadas por ambos.

⁷ Estos problemas, así enunciados, distan de remitir en exclusiva a los autores interpelados, constituyendo hilos fecundos de los que tirar en relación con el debate crítico con algunas formulaciones actuales sobre el sentido del desarrollo histórico del capitalismo contemporáneo. Muchas de estas formulaciones tienden, como Pollock, a explicar el modo de dominación capitalista en términos de relaciones de poder antagonistas entre dimensiones y sujetos instituyentes e instituidos de la sociedad, explicación que nos conduciría a la paradoja de un capitalismo sin «valor», ni «capital». Asimismo, la disolución efectuada por Horkheimer del carácter intrínsecamente contradictorio de la sociedad capitalista —que es lo que le permite hablar en términos de una crítica no immanente, sino externa, al capitalismo— ¿acaso no guardaría semejanzas con cierta búsqueda actual de saberes y prácticas subalternos o minoritarios —a los que se presupone situados «fuera de», «más allá», «irreductibles a»— en los que fundamentar y dotar de legitimidad y eficacia a nuestros discursos y prácticas políticas? Ambos problemas resurgen cada vez que se nos coloca, explícita o implícitamente, ante la exterioridad como el único punto de apoyo posible para el pensamiento crítico: ante un sujeto transhistórico emancipador (las *clases dominadas*, encarnadas en esta ocasión por el proletariado), merced a sus procesos de autoconciencia, sus prácticas de autovalorización, etc., colocado más acá de las relaciones de dominación capitalistas; como potencia social y excedente subjetivo irreducible a las regulaciones y formalizaciones del capital o del sistema, etc.

Bell parte de una definición del capitalismo típica del marxismo tradicional: centrada en la propiedad privada y el mercado. De forma que, ante las semejanzas palpables existentes entre las sociedades capitalistas y la sociedad soviética de la época (desarrollo de la producción industrial, procesos de racionalización de la vida social, primacía de lógicas *economizantes*, etc.), deduce que hablar en términos de modos de producción capitalistas y socialistas no permite comprender la dinámica de desarrollo subyacente a las sociedades modernas. Plantea, en este sentido, que sería preferible hacer referencia a sociedades «industriales» (de las que tanto la URSS, como los países capitalistas, serían ejemplos concretos) y «postindustriales».

Las sociedades postindustriales, el tipo de sociedad que estaría emergiendo tras la crisis de la década de 1970, se caracterizaría por: la sustitución del proletariado por una nueva clase de trabajadores del conocimiento y de la clase capitalista por una nueva clase de administradores profesionales y científicos; por la desaparición de la función social de la propiedad privada; por la terciarización de la economía y la centralidad de la información, etc. Se trataría, en definitiva, de una sociedad postproletaria y postcapitalista, caracterizada por una primacía del ámbito *político* sobre el *económico* (equiparado por Bell con el mercado), y de las lógicas *sociologizantes* sobre las lógicas *economizantes* propias de las sociedades industriales.

La cuestión a plantearse será, por lo tanto, la siguiente: ¿dónde ubica Bell el motor del cambio histórico que le permite hablar del paso de sociedades industriales a sociedades postindustriales y, desde este punto de vista, del tránsito hacia sociedades postcapitalistas (o en proceso de superación del «capitalismo» típico de las sociedades industriales)?

Según Postone, la respuesta a esta pregunta se sitúa para Bell en la tecnología. Cuestionando —de manera acertada— que aquello que diferencia a las sociedades capitalistas de las socialistas sean las relaciones de propiedad, Bell separa en dos ejes diferenciados, el eje tecnológico y el eje de las relaciones sociales, lo que Marx interpretaba de manera interrelacionada como fuerzas y relaciones sociales de producción. Al atribuir a Marx —erróneamente— una identificación de las relaciones sociales capitalistas con las relaciones de propiedad, y habiéndose desmarcado, como hemos visto, de las explicaciones en dichos términos, Bell terminará por poner el énfasis en el eje técnico, viéndose atrapado en el determinismo tecnológico a la hora de explicar la dinámica social.⁸

⁸ Así, la tecnología es, según Bell, la que ha transformado las relaciones sociales y nuestras formas de mirar el mundo (la cultura). El *eje técnico* subrayado por Bell queda pues al margen de las relaciones sociales y, por tanto, de cualquier tipo de explicación sociológica (¿cómo se produce el desarrollo tecnológico?, ¿por qué toma la dirección que toma?).

Asimismo, junto al determinismo tecnológico, otra de las dificultades del análisis de Bell radica en su pretensión de dar cuenta de fenómenos sociales generales en términos de cultura (entendida como una esfera social independiente de las demás). Bell había identificado las sociedades industriales con la hegemonía de una lógica *economizante* compuesta de valores culturales que moldearían la economía y el conjunto de la sociedad de manera independiente a las relaciones y estructuras sociales. De hecho, las dificultades registradas en relación al pleno desarrollo de una sociedad postindustrial (y de su lógica *sociologizante* característica) procederían de la permanencia de la «ideología economizante». Bell refuerza así, implícitamente, el supuesto de un «ámbito cultural» que, como variable independiente, explicaría la persistencia del conflicto tras la abolición de los antagonismos típicos de las «sociedades industriales» (las crisis económicas consustanciales, en el ámbito de la distribución, a la vigencia del mercado y la propiedad privada).

De este modo, Bell, habiéndose deshecho de la interrelación existente entre fuerzas y relaciones de producción —interrelación de donde surgiría, según Marx, una dinámica histórica direccional y no lineal exclusiva de las sociedades capitalistas— no le queda otra que apostar por un esquema evolutivo transhistórico y lineal: «preindustrial», «industrial» (ideología «economizante»), «postindustrial» (ideología «sociologizante»). Este modelo explicativo, además de cuestionable empíricamente, sigue sin explicar de manera convincente el tipo de procesos y relaciones sociales que llevan a pasar de una etapa a otra.

Bell se desembaraza, de este modo, de la determinación explícita del carácter de las relaciones sociales capitalistas y, por ende, de su teorización, para presentarlas exclusivamente como «dinamizadas» por la «tecnología» y la «cultura». En otros términos: aún cuando «cultura», «tecnología» y estructura o totalidad social se afirmen como implícitamente interrelacionadas en, y por, el particular patrón transhistórico evolutivo propuesto por este autor, la explicación del contenido adscrito a dicha interrelación permanecerá en cuarentena, de forma indefinida, dentro de su obra.

Por su parte, el análisis de Mandel, pretendía fundamentar socialmente aquellas mismas transformaciones por medio de una teoría del capitalismo que postula la existencia de una dinámica no lineal en forma de ciclos u ondas largas de desarrollo. A diferencia de Bell, Mandel sostiene que la explicación de las transformaciones sociales contemporáneas, así como de los conflictos y contradicciones presentes en ella (como el mantenimiento de la pobreza en sociedades cada vez más opulentas; el incremento —o no reducción— del tiempo de trabajo en sociedades caracterizadas por el desempleo estructural, etc.) deben

abordarse desde la perspectiva de una sociedad capitalista —que denomina como *capitalismo tardío*— y, en ese sentido, a partir de la teoría del valor formulada por Marx.

La lectura efectuada por Mandel de la teoría del valor de Marx le permitirá explicar el carácter cíclico y contradictorio de la acumulación de capital y, en definitiva, del desarrollo capitalista (incluido el desarrollo tecnológico). Mandel, fundamentando los procesos de cambio socioeconómico en relaciones capitalistas, evita así las explicaciones evolucionistas y deterministas, desde un punto de vista tecnológico, de Bell.

Sin embargo, pese a los aciertos de Mandel,⁹ su planteamiento se verá limitado, como vimos en los autores anteriores, por una definición tradicional del capitalismo en términos de propiedad privada como fundamento del proceso de valorización.

Este planteamiento de Mandel próximo al marxismo tradicional, tal y como señala Postone (cf. capítulo 5): «Tiende a reproducir las clásicas antinomias de estructura y acción, de dimensiones objetivas y subjetivas de la vida social, en lugar de situarse más allá de ellas (...). [Mientras que] una teoría del valor menos ortodoxa podría abrir el espacio para un análisis de la transformación estructural que fundamentase esas transformaciones en tipos de práctica históricamente específicos; (...) podría relacionar estructura y práctica de manera sistemática, explicando las estructuras en relación con la especificidad de determinados tipos de práctica, más que presuponiendo o negando la existencia de las estructuras; podría, asimismo, fundamentar teóricamente la dinámica histórica de la sociedad moderna y dilucidar su carácter no lineal».

En definitiva, cabe concluir con Postone que «tanto la visión optimista del marxismo tradicional, como la crítica pesimista de la teoría crítica, comparten la misma interpretación del trabajo en el capitalismo como “trabajo” [transhistórico]»; lo mismo que ocurre con marxismos interpelados y/o corregidos por Bell y Mandel. Precisamente, es de esta interpretación común de donde deriva-

⁹ Captar de manera no lineal y no determinista la dinámica de desarrollo capitalista; dar cuenta de muchos de los cambios recientes característicos del capitalismo tardío —creciente importancia de la tecnología y el conocimiento científico, crecimiento no lineal, carácter cíclico y no definitivo de las políticas intervencionistas en la economía, etc.— y de la dinámica capitalista en general —diferencia entre procesos de creación de riqueza material y procesos de valorización, y, en este sentido, diferencia entre progreso tecnológico (productividad) y crecimiento económico (beneficios); abordaje de la dinámica global del capitalismo y de la interrelación entre los procesos de «desarrollo» y «subdesarrollo»; etc.

rían sus problemas a la hora de explicitar el contenido, en términos de una forma históricamente específica del conjunto de las relaciones sociales, de aquello que insistían en seguir conceptualizando, de un modo u otro, como «capitalismo». Por consiguiente, antes de aceptar la conceptualización marxista tradicional del capitalismo (propiedad privada y mercado), y, ante sus evidentes debilidades de cara a abordar la fase postliberal, proponer, simplemente, corregirla o adecuarla (habiéndola, no obstante, dado por buena para la fase anterior), para Postone sería necesario tomar en consideración la hipótesis de que quizás los elementos tradicionalmente movilizados de cara a la conceptualización del capitalismo requiriesen de una profunda reformulación, empezando por el «trabajo» mismo.

II

El grueso de los debates y autores que Postone interpela en este libro nos remiten, pues, a teorizaciones acerca de las transformaciones que se operaron en los países industrializados tras la Segunda Guerra Mundial. Como hemos señalado, tras dichas teorizaciones subyacía la necesidad de una reconceptualización del contenido y las contradicciones básicas adscritas por el marxismo tradicional —en términos de propiedad privada y de mercado— al «capitalismo» y su dinámica. El autor nos propone así volver sobre aquellos intentos de reconceptualización con el objetivo de contribuir al esclarecimiento y la superación de algunos de los obstáculos a los que actualmente nos enfrentamos en relación con la interpretación de los grandes procesos que han vuelto a torcer esa trayectoria de desarrollo desde la década de 1970.

Nuestras dificultades actuales no remitirían tanto a la absoluta novedad y heterogeneidad de las dinámicas que se han venido generalizando desde entonces —novedad y heterogeneidad que, se nos dice en ocasiones, nos estarían obligando a improvisar, a reinventar desde cero, nuevos conceptos adecuados a una «realidad» supuesta como radicalmente otra— como a un déficit de discusión sobre los límites de miradas que, a la postre, se han revelado incapaces de prever los procesos actuales y, por tanto, quizás tampoco hayan diagnosticado acertadamente las dinámicas de entonces.

Cabe, pues, dar un paso más allá en esta dirección, aprovechando las herramientas que nos brinda Postone, para tratar de articular un breve balance provisional crítico respecto de los repertorios de los que nos hemos venido sirviendo

últimamente para tratar de teorizar —y recolocarnos, también, políticamente frente a— las transformaciones actuales. No se trata, por nuestra parte, de zanjar con ello discusión alguna, sino de poner en movimiento su relectura categorial de la teoría crítica de Marx para insistir en la importancia y el interés de esa mirada autorreflexiva sobre nuestra forma de hacer hablar al presente.

A nuestro juicio, entre la heterogeneidad de las propuestas e intentos de explicación de las transformaciones relativas a la última fase del desarrollo capitalista, en el entorno europeo, es posible identificar dos marcos interpretativos recurrentes, fundados en dos repertorios conceptuales: el del «trabajo» y el del «empleo». El primero de ellos remite a un pretendido cambio en la naturaleza del «trabajo» mismo, entendido como el hilo de Ariadna del que tendríamos que tirar para que los procesos se nos volvieran inteligibles. El segundo, por su parte, apunta a un cambio de naturaleza en las políticas «de empleo» del Estado, de sus modalidades de regulación social y de las estrategias de actores e instituciones laborales como los ejes necesarios para la construcción de un diagnóstico acertado de nuestro presente.

Desde la primera de estas propuestas interpretativas, la naturaleza del «trabajo» habría cambiado. Nuestra época estaría caracterizada por una alteración inédita de un «trabajo» que deviene potencialmente actividad abierta a la sorpresa, al cambio y al acontecimiento (cf. SCHWARTZ, 1988; ZARIFIAN 2001; VELTZ, 2000). Se trataría de un «trabajo» que moviliza lenguaje e información (comunicación), afectos y solidaridades (subjetividad, cooperación). Un «trabajo» que no se dejaría contener en normas y reglas, pues las desborda, inventándolas y reescribiéndolas sin cesar. Un «trabajo» que ya no es susceptible de ser encajonado en procedimientos prescritos, ni capturado en escalas de cualificación y jerarquías salariales. Todo ello subyace, en mayor o menor medida, tras el diagnóstico común de un modelo «taylorista-fordista» de gestión social de la actividad humana en vías de sustitución por un modelo «postfordista».

Los escenarios en los que esta mutación se constata varían según los discursos: desde el aumento del trabajo independiente (cf. GORZ, 1998), a la emergencia en las viejas empresas fordistas de nuevas formas de organización del trabajo por grupos autónomos (cf. KERN y SCHUMANN, 1988; CORIAT, 1993), a la pujanza económica alcanzada por las constelaciones de pequeños productores agrupados en, por ejemplo, distritos industriales marshallianos (cf. BECATTINI, 1987; BAGNASCO, 1988; PIORE y SABEL, 1990). Para muchos autores es un trabajo «de servicios» (cf. GORZ, 1995) «por proyectos» (cf. BOLTANSKI y CHIAPELLO, 2002), «inmaterial» o «afectivo» (cf. LAZZARATO y NEGRI, 1990; LAZZARATO, 1993) que estaría impulsando esta transformación, por la que hoy mandaría en la producción social una fuerza de trabajo colectiva que se movería en espacios

de cooperación autónoma, dentro y fuera de las empresas. Cooperación autónoma cuya necesidad funcional revelaría el giro operado por los discursos de gestión empresarial, basados en la «expropiación de la subjetividad» y ya no en la prescripción de movimientos e intensidades (cf. CLOT, 1995; LINHART, 1994; COUTROT, 1998), etc.

En síntesis, la separación entre el «trabajo» (entendido como un conjunto de tareas a realizar para la producción y la reproducción social) y el «trabajador» (como el agente colectivo portador de las capacidades necesarias para realizar esas tareas) se mostraría hoy, según estos discursos, como una separación «contraproduktiva». La creciente importancia concedida a la comunicación, la iniciativa, la capacidad de resolución de problemas, la innovación, etc., hablaría de la posibilidad y la necesidad de implementar, a escalas sociales generales, nuevas formas de producción y cooperación social que integren armónicamente lo que durante la pasada fase, taylorista-fordista, estuvo separado, fragmentado, balcanizado: el trabajo y su trabajador (cf. FRIEDMANN, 1961; FREYSSINET, 1977; DURAND, 1979; CORIAT, 1982).

Desde el segundo de los repertorios teóricos señalados, el acento se coloca en las nuevas modalidades de tránsito por los mercados de trabajo —acceso, permanencia y salida de los mismos— (cf. MARUANI Y REYNAUD, 1993; MICHON, 1994). El diagnóstico consiste en afirmar que el cambio fundamental es el que nos ha llevado de la regulación a la desregulación: del Estado (asegurador y garante de derechos y deberes) al mercado (con sus caprichos y azares); de la vida normada y pautada a la inseguridad y precariedad; de consensos entre actores colectivos a una individualización de las estrategias de acción social, y la pérdida de poder social de negociación para los asalariados; de la limitación y acotación políticas de las lógicas mercantiles a la colonización de los mundos de vida por las representaciones económicas (cf. CASTEL, 1997).

Si los estatutos salariales, las escalas de cualificación y los propios mercados de trabajo son construcciones o convenciones sociales (cf. DOERINGER Y PIORE, 1985), la actual deriva hacia la flexibilidad y precariedad de los «empleos», la destrucción de las carreras y las vidas de trabajo, el desmantelamiento de las garantías y seguridades sociales, no debería ser interpretada como el resultado de ningún proceso ciego e inexorable (cf. MARUANI, ROGERAT Y TORNIS, 2000). Bien al contrario, se trataría de un desplazamiento en las relaciones «de poder» —negociación social— y «de saber» —representaciones y discursos— (cf. VILLA, 1990), de una victoria de las políticas y estrategias económicas de corte neoliberal. Victoria, más o menos coyuntural, que habría desembocado en una crisis del modelo de cohesión social ensayado en el marco de los estados del

bienestar y las políticas económicas keynesianas. Las consecuencias sociales de esta transformación son bautizadas de diferente manera, pero con iguales resultados —degradantes—: «anomia», «individualización negativa», «desafiliación social», «crisis de la ciudadanía», etc. (cf. CASTEL, 1997; LE GOFF, 1999).

El trabajo reconceptualizado por Postone, a partir de su relectura categorial de la obra de Marx, nos obligaría a reconsiderar las virtualidades explicativas (y políticas) que se han venido adscribiendo a estos planteamientos.

Así, en primer lugar, todo sucede como si ambos repertorios propusieran como criterio de inteligibilidad del presente un pretendido combate antitético entre la lógica de «la economía» y la lógica de «la sociedad».

Para el primero de ellos, en términos positivos, la presupuesta penetración de «lo social» (comunicación, cooperación, afectividad, etc.) en el corazón mismo de «lo económico» (los procesos productivos) bloquearía tendencialmente la capacidad de las gramáticas de dominación, esencialmente formales, abstractas y cuantitativas, características del capitalismo (el valor y el dinero) para seguir gobernando el conjunto de las relaciones sociales.

Para el segundo, en términos negativos, los procesos actuales (desregulación de las relaciones laborales, dualización de los mercados de trabajo, incremento de los niveles de desempleo, etc.) son interpretados como reflejos de una victoria simbólica coyuntural de las «representaciones neoliberales» (el mercado autorregulado como fundamento del «orden social»). Representaciones que autonomizarían «lo económico» frente a «lo social», el contrato individual frente a la regla colectiva, los automatismos del dinero y la competencia de los agentes económicos frente a la norma y la cohesión de los agentes sociales, contribuyendo así al desarrollo de toda una serie de patologías sociales comprendidas bajo la vieja rúbrica durkheimniana de la «anomia».

Por lo tanto, siguiendo la relectura categorial de Postone de la teoría crítica de Marx, ambos parecen partir de la autonomización de categorías inmanentes a la sociabilidad capitalista («trabajo concreto», «trabajo abstracto»; «valor de uso», «valor de cambio») buscando en ellas los puntos de apoyo para una pretendida superación de las formas de dominación contemporáneas.

De esta forma, los dos planteamientos podrían estar contribuyendo, en la actualidad sin pretenderlo a consolidar, bajo nuevos modos, uno de los puntos ciegos fundamentales del marxismo tradicional: el presupuesto de una exterioridad del «trabajo», los trabajadores, la «utilidad» y las necesidades «sociales» —esto es, de los «valores de uso»— en relación con la fuerza de trabajo, el salario,

el precio y las necesidades «económicas» (el beneficio) —esto es, en relación con «valores» y «valores de cambio». Preestablecida esta exterioridad, la relación entre ambas dimensiones es supuesta como antagónica: el progreso del valor, la mercancía, el beneficio y el mercado, el progreso de la abstracción «económica», no podría sino presentar como su correlato necesario la aniquilación progresiva de utilidades, necesidades y subjetividades sociales, esto es, una regresión de la materialidad «social», un empobrecimiento paulatino de los vínculos sociales.

26

Por el contrario, el trabajo entendido como mediación social, y el arsenal conceptual marxiano aplicado a su análisis por Postone, nos colocan frente a una imbricación de lo social y lo económico en la cual valores de uso y valores, trabajos concretos y abstractos, temporalidades concretas (históricas) y temporalidades abstractas conforman dimensiones inseparables de un mismo modo de dominación. El valor no remite exclusivamente a «lo económico». El trabajador colectivo no es el representante, en la producción, de una sociabilidad externa, potencialmente autosuficiente y naturalmente enfrentada a los procesos de valorización capitalistas. La forma valor de las relaciones sociales conforma y regula esas mismas relaciones sociales, no las aniquila ni disuelve. La contraposición, la oposición, entre el trabajo concreto y el trabajo abstracto no es la oposición entre el «buen» trabajo —el directamente social— y el «mal» trabajo —el indirectamente social—, etc. La liberación marxiana del trabajo remite a la desaparición de esta dicotomía, a la posibilidad, inmanente a la propia trayectoria de desarrollo capitalista, de que la mediación social general constituida por un trabajo simultáneamente concreto y abstracto se convierta en un factor marginal para la regulación del conjunto de los tiempos sociales de vida de las poblaciones.¹⁰

Sin embargo, siguiendo a Postone, mantener esa pareja conceptual, buscando la victoria de una de sus dimensiones sobre la otra, supone mantener un sistema de argumentación que se anclaría, de hecho, en las formas en las que las relaciones sociales capitalistas se manifiestan para el sentido común. Partir, por tanto, de un conflicto entre la determinación y la libertad, la «economía» y la «sociedad», el mercado y la planificación (o la norma), el interés pecuniario y la cooperación social, la clase obrera como entregada a la recuperación de un valor de uso «para sí» (la «autovalorización» de la clase), frente a un capital ocupado en la conjuración permanente de dicha posibilidad, etc., podría no constituir otra cosa que intentar traducir en otro lenguaje las certezas desde las que los asalariados fundamentan su actuación como tales asalariados.

¹⁰ En vez de postular un «afuera» desde el que fundar una visión crítica, son las contradicciones que en su desarrollo arrastra y generaliza el capital las que nos proporcionan un «adentro» en el cual dicha crítica aparece como posible y necesaria.

Estos planteamientos, en segundo lugar, implican, por otra parte, una deshistorización y una naturalización de los elementos conceptuales movilizados en la interpretación. El trabajo-actividad, los productos-utilidades, la negociación política de normas y convenciones, etc., elementos ligados, todos ellos, a instancias transhistóricas (la actividad creadora, socialmente ontológica; la cohesión social) y exteriores, previas al desarrollo de las formas capitalistas de dominación, presentan como conteniendo, en sí y por sí mismos, los principios de superación de esas formas de dominación. Esto es lo que permite, por un lado, dar por conocidos los envites que subyacen tras la actuación de los agentes y, por otro, que nos veamos obligados a restringir nuestros análisis a aquellos fenómenos susceptibles de desvelarse como determinados por las acciones y estrategias de individuos o actores sociales particulares.

Efectivamente, en estos repertorios, bien bajo la forma de la cooperación social autoorganizada, bien bajo la forma del Estado y sus instituciones, nos encontramos en muchos casos ante instancias relativas a «lo social» frente a «lo económico», «lo concreto» frente a «lo abstracto», «lo simbólico» frente a «lo material» que resultan, en cada caso, los datos o presupuestos de partida (nunca los resultados) del análisis. Lo que confirma que las formas de dominación capitalistas son supuestas como dependiendo de relaciones sociales directas entre actores. La especificidad de la teoría social crítica consiste entonces, según estos planteamientos, en descubrir, tras las apariencias objetivistas con que las clases «dominantes» la encubren, los valores, intereses y estrategias particulares que se hallarían desde siempre en su origen. Este tipo de planteamientos, tendentes a absolutizar el papel de los actores, ¿no vacían completamente de sentido la pregunta por el contenido específico de la relación social misma, por los procesos y condiciones sociales que habilitan a esos actores como tales actores, es decir, por las reglas del juego social?¹¹ El problema nuclear de la teoría social, la

¹¹ Para muchos teóricos sociales actuales el carácter «social» del trabajo responde simplemente al hecho de resultar él mismo, en tanto «representación», el producto de una «lucha política». El trabajo sería entonces «social» porque, en definitiva, detrás de las actividades de las personas y los estatutos sociales ligadas a ellas están siempre las personas mismas y las luchas y relaciones que éstas mantienen entre sí (cf. PAHL, 1984). Todas las posiciones ocupadas por trabajos y trabajadores en los distintos «órdenes» sociales presentarían así un mínimo denominador común: ser equiparables al resultado de las luchas entre unos u otros actores sociales por resignificarlas. Desde este tipo de planteamientos se obvia que la definición *sociológica* de los estatutos ocupados por dichos actores y la especificidad *histórica* de las luchas que dirimirían entre ellos dependen estrechamente de *la forma social e histórica del vínculo que los liga entre sí y los conforma como tales actores*. El «lugar social del trabajo» no es el resultado de las luchas de «actores» transhistóricos y abstractos («clases dominadas y dominantes» inscritas en unos u otros «órdenes sociales»), sino la matriz

dilucidación de los procesos de transformación y reconstitución permanentes de las colectividades sociales, puede presentarse así como resuelto antes de haber sido siquiera planteado.

28

Por último, desde el punto de vista de sus traducciones políticas, los repertorios que venimos evaluando van a oscilar permanentemente entre una cierta idealización positiva de determinados aspectos ligados a unas condiciones de vida, empleo y trabajo y el miserabilismo. Esa idealización positiva de tales condiciones de vida, empleo y trabajo, opera cada vez que de las mutaciones recualificantes de la fuerza de trabajo, de las componentes comunicativas o afectivas adscritas al trabajo concreto se extrapolan, de manera unilateral, efectos antagonistas. Dicha extrapolación sólo puede mantenerse desde una confusión entre las dimensiones concretas y abstractas del trabajo. Disipada dicha confusión se entiende, como señala Postone, que el peso creciente de la ciencia, la tecnología, la formación, la organización social, etc., en relación con el aumento de los niveles de productividad —es decir, en sus términos: el incesante aumento del peso del «tiempo histórico» en la generación de una magnitud creciente de riquezas materiales— no suprime, por sí mismo, de modo lineal, la vigencia y reproducción permanentes de la necesidad del tiempo de trabajo humano inmediato, que constituye la base de los procesos de valorización. Dicho de otra forma: que el trabajo concreto devenga comunicación no significa que la fuerza de trabajo cese tendencialmente de recibir un valor y que ese valor cese de encontrarse determinado por mecanismos automáticos, generales y cuasi-objetivos.

El miserabilismo, por su parte, se pone a operar al presentar como correlato unilateral del avance de las «estrategias neoliberales» la disgregación de todo vínculo social, el progreso de la individualización y la «anomia». Sin embargo, la separación entre el productor y los medios de producción, entre la fuerza de trabajo y el trabajo, no tiene sólo aspectos negativos pues abre, tanto efectiva como potencialmente, los espacios potenciales de circulación de los individuos en la producción, multiplicando los cambios de tarea, de función productiva, de sector de actividad, etc. Es decir, si bien la radicalización de esta separación supone, evidentemente, en lo inmediato, un atentado directo al poder de negociación de

(o vínculo social general) que conforma históricamente determinadas luchas y determinados actores: precisamente, las luchas y los actores que caracterizan a la modernidad capitalista. Ni el «trabajo», ni los «trabajadores» han existido siempre: una cosa es que no haya nada intrínseco al trabajo —en tanto que actividad social productora de bienes y servicios— que explique la función social históricamente específica que cumple el trabajo en las sociedades capitalistas y otra, bien distinta, es que esa función la podamos explicar simplemente como el «resultado» de esas luchas entre actores por definir y conformar un determinado «modelo de orden social».

muchas categorías de asalariados, ésta implica, también, en el sentido indicado, una verdadera apertura de las relaciones sociales, de la experiencia social, para el conjunto de los asalariados. Apertura que constituye un potente vector de visibilización del cada vez mayor carácter social del trabajo asalariado y su gestión, esto es, del papel de mediación social general que caracteriza fundamentalmente al trabajo moderno conformado por la forma valor.

Todo ello nos conduciría a preguntarnos si ambas pendientes, miserabilismo e idealización positiva de ciertos grupos sociales (como presentando formas de vida, empleo y trabajo dotadas de una coherencia específica), no suponen, en última instancia, una cierta mutilación de lo político, entendido como espacio de construcción colectiva de nuevas formas de mirar y nombrar. Condenándonos a dirigirnos a los ya previamente convencidos, al reforzamiento del sentido común de actores ya socialmente constituidos como tales, estas proposiciones podrían estar contribuyendo, subrepticamente, a elevar al rango de lo explicativo las experiencias vividas por ciertos sujetos desde determinadas posiciones y momentos particulares.

Como plantea Postone, un enriquecimiento de lo político, en el sentido indicado, necesitaría de la oscultación teórica de las contradicciones y tensiones inscritas en la trayectoria de desarrollo, históricamente específica, del capitalismo. A saber: a) la tensión entre una producción de riqueza material cada vez más dependiente de niveles de productividad directamente ligados a la ciencia y la tecnología, y una regulación del conjunto de los tiempos sociales que sigue descansando en la producción de valor, en el empleo de tiempo de trabajo humano directo; y, b) la tensión entre la apertura de las relaciones y las experiencias sociales, potencialmente auspiciada por la movilidad generalizada del factor trabajo, y el mantenimiento de las ideologías trabajistas y profesionistas, a la sombra del aumento del desempleo y de la consiguiente conversión del trabajo asalariado en un bien escaso.¹²

Estas contradicciones, ni predeterminan los perfiles sociales de sujeto transformador alguno, ni privilegian de manera apriorística unas experiencias del universo social frente a otras: se manifiestan en múltiples niveles de la experiencia social, dando lugar, permanentemente, a nuevos conflictos y colectivos sociales.

¹² Cabe recordar que, para Marx (cf. MARX, 1987: 96), la progresión de la división técnica del trabajo, particularizando la actividad del operario en su situación de trabajo, contribuye, no obstante, a universalizar aquello que la estructura social había especializado (disolución tendencial de los «idiotismos de oficio»), estableciendo una nueva homogeneización de los trabajadores *a escala social* bajo el principio de la conversión de todo trabajo especializado en mera disponibilidad diferenciada para la ejecución de cada vez más variados «trabajos».

Considerarlas nos obligaría a repensar nuestros análisis *desde un punto de vista relacionista y temporalista (o procesual)*. Desde este punto de vista, el contenido que adscribimos mediante el análisis a la trayectoria armada por las relaciones —en este caso la constituida por el trabajo como mediación social general: el «capital»— es lo que manda sobre los polos o actores que ésta constituye (y no viceversa).

30

Más esencialmente aún: una política transformadora radical (en el sentido de apuntar a una transformación que afecte a la raíz del modo de dominación específicamente capitalista) no podría, en este marco, prescindir de pensar las condiciones que hacen posible una revolución completa de la temporalidad social, esto es, de la materia misma (el tiempo) conformada por dicha trayectoria de desarrollo. Revolución cuantitativa —redistribución del tiempo de trabajo socialmente necesario entre el conjunto de la población activa— de los tiempos sociales pero, también y sobre todo, cualitativa —disolución del peso regulador del tiempo de trabajo inmediato sobre el conjunto del tiempo de la vida para cada individuo; disolución que posibilite la mutación de los contenidos actualmente ligados tanto al tiempo de trabajo, como el tiempo de no trabajo.

Traer a un primer plano político esta última cuestión invita a la reconsideración de los acentos puestos, recientemente, bajo unas u otras formas, en el «trabajo vivo» (y, por ende, en la autonomía ganada o perdida por el trabajador colectivo *en su actividad*) para volver la mirada sobre el trabajo socialmente periclitado, y las contradicciones y tensiones que caracterizan el movimiento de su permanente restitución: las que abonan el terreno para una vida y un tiempo social sin trabajo.

Bibliografía:

- BAGNASCO, A. (1988), *La costruzione sociale del mercato. Studi sullo sviluppo di piccola impresa in Italia*, Bolonia, Il Mulino.
- BECATTINI, G. (1987), *Mercato e forze locali: il distretto industriale*, Bolonia, Il Mulino.
- BOLTANSKI, L. Y CHIAPELLO, E. (2002), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal-Cuestiones de Antagonismo.
- BRAVERMAN, H. (1975), *Trabajo y Capital Monopolista*, México, Nuestro Tiempo.
- CASTEL, R. (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- CORIAT, B. (1982), *El taller y el cronómetro*, Madrid, Siglo XXI.
- _____ (1993) *El taller y el robot*, Madrid, Siglo XXI.
- COUTROT, T. (1998), *L'entreprise néo-libérale, nouvelle utopie capitaliste?*, París, La Découverte.
- DURAND, C. (1979), *El trabajo encadenado. Organización del trabajo y dominación social*, Madrid, Blume.
- CLOT, Y. (1995), *Le Travail sans l'homme ? Pour une psychologie des milieux de travail et de vie*, París, La Découverte.
- DOERINGER, P-B., Y PIORE, M-J., (1985), *Mercados internos de trabajo y análisis laboral*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- FREYSSINET, M. (1977), *La division capitaliste du travail*, París, Savelli.
- FRIEDMANN, G. (1961), *¿Adónde va el trabajo humano?*, Buenos Aires, Sudamericana.
- GORZ, A. (1995), *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido*, Madrid, Sistema.
- _____ *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós.
- KERN, H. Y SCHUMANN, M. (1988), *El fin de la división del trabajo*, Madrid, Ministerio de Trabajo.
- LAZZARATO, M. (1993), «Le cycle de la production immatérielle», *Futur Antérieur*, núm. 16.

LAZZARATO, M. Y NEGRI, T. (1990), «Travail immatériel et subjectivité», *Futur Antérieur*, núm. 6.

LE GOFF, J-P. (1999), *La barbarie douce*, París, La Découverte.

LINHART, D. (1994), *La Modernisation des entreprises*, París, La Découverte.

MARUANI, M., Y REYNAUD, E. (1993), *Sociologie de l'emploi*, París, La Découverte.

MARUANI, M., ROGERAT, CH., Y TORNIS, T. (2000), *Las nuevas fronteras de la desigualdad. Hombres y mujeres en el mercado de trabajo*, Barcelona, Icaria.

MARX, K. (1987), *Miseria de la filosofía. Respuesta a la «Filosofía de la miseria» de P. J. Proudhon*, Madrid, Siglo XXI.

MICHON, F. (1994), «Les grands paradigmes de l'économie du travail» en Lallement, M. (ed.) (1994): *Travail et Emploi. Les temps des métamorphoses*, París, L'Harmattan.

PAHL, R. (1991), *Divisiones del trabajo*, Madrid, Ministerio de Trabajo-

PIORE, M-J. Y SABEL, CH-F. (1990), *La segunda ruptura industrial* Madrid, Alianza.

SCHWARTZ, Y. (1988), *Experience et connaissance du travail*, París, Messidor/Éditions Sociales.

VELTZ, P. (2000), *Le Nouveau monde industriel*, París, Gallimard.

VILLA, P. (1990), *La estructuración de los mercados de trabajo. La siderurgia y la construcción en Italia*, Madrid, Ministerio de Trabajo.

ZARIFIAN, P. (2001), *Temps et modernité*, París, L'Harmattan.